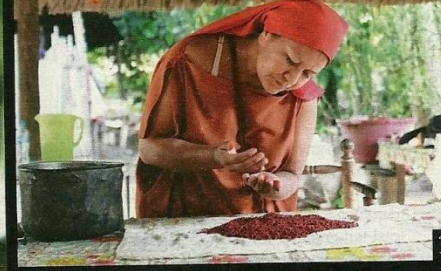




1. DOS MUJERES BUSCANDO PLANTAS Y RAÍCES EN LA SELVA DEL AMAZONAS.
2. MERCEDES MUESTRA LA SABIA QUE HA OBTENIDO DEL ÁRBOL DE LA SANGRE.
3 Y 4. NURIA PREPARA UNA CREMA PARA EL ROSTRO.
5. SHUNITSÁ Y MARISHORÍ, LAS HIJAS DE MERCEDES, EN LA ASOCIACIÓN CECONSEC.



2



3



4



5

AMAZONAS

Las mujeres chamanes, contra los laboratorios

Las curanderas del Amazonas no quieren seguir dejándose engañar. Afirman que la industria química saquea sus conocimientos ancestrales, los patentan y se embolsan los beneficios. Esta es la historia de su contraataque. POR EMMANUELLE EYLES / FOTOS: MARTA NASCIMENTO.

Nuria, de la tribu india ashaninka de Perú, se levanta muy pronto para recoger plantas, raíces y granos con los que prepara sus medicamentos y productos de belleza. Tolera nuestra presencia, pero no dice nada de las hojas que hace desaparecer rápidamente en sus alforjas. Desconfía de los blancos, aunque no le hagan preguntas sobre su sabiduría. Nuria

es curandera. Cuando solo tenía cinco años, su abuela, también curandera, se propuso enseñarle los poderes de las plantas. Esta mañana, la acompaña una joven de talento prometedor: Kanita, la hija de otro sanador, que se gana la vida en la ciudad trabajando en una cadena de montaje, pero siempre que puede regresa a la selva. Ambas murmuran palabras misteriosas antes de cortar tallos y raíces. Nuria explica que "antes de aprovecharse de una planta hay que pedir permiso al espíritu marterno". >>

» «Por desgracia, desde hace 25 años la deforestación está dificultando la cosecha. Últimamente, hay que adentrarse mucho para encontrar algunas especies», asegura la joven. A continuación, se detienen para comer bajo un árbol viejo e inmenso, con el tronco casi tan grande como una casa pequeña, pero antes hacen una ofrenda con parte de la comida entre sus ramas.

LOS QUÍMICOS SE LLEVAN LAS RAÍCES. Nuria tiene una cicatriz de la que habla con rabia. En 1998, el laboratorio de cosméticos peruano Santa Natura envió a unos químicos a su aldea. Cuando le ofrecieron dinero a cambio de recoger plantas y raíces, con los gastos de sus desplazamientos y el alojamiento pagado, se sintió halagada. Durante dos años, les trajo muestras de raíces y les reveló los secretos de su abuela, pero, un buen día, los químicos se largaron. Desde entonces, cada vez que un estudiante o botánico mete las narices en su aldea, ella se encierra en su silencio. «Quiero patentar mis conocimientos –dice con convicción–. Los recursos naturales de la selva no deben pertenecer a los laboratorios. En su momento fui una ingenua y me dejé engañar. He aprendido que los laboratorios franceses ganan mucho dinero gracias a las propiedades cosméticas del sacha inchi, un grano que pertenece a nuestro saber ancestral (tiene un 56,3% de omega 3 y un 35% de omega 6)».

**COMO LA
TRANSMISIÓN
DE ESOS
CONOCIMIENTOS
ES ORAL,
NO PUEDEN
DEMOSTRAR LA
ANTIGÜEDAD DE
SUS PRÁCTICAS.**

En 2007, ante la oposición de las asociaciones locales de defensa de los derechos de los indígenas y el gobierno peruano, dos laboratorios franceses, Cognis y Greentech, tuvieron que renunciar a su patente para el uso cosmético de este grano. Es precisamente esta semilla la que Nuria quiere utilizar esta mañana para elaborar una máscara de belleza. Como la transmisión de esos conocimientos es oral, los

indígenas no pueden demostrar la antigüedad de sus prácticas, lo que permite que los laboratorios las descubran, pongan en el papel sus componentes y se adueñen de ellas.

INTERESES ENFRENTADOS. «¡Eso es falso!» –protesta Jean-Yves Berthon, director de Greentech en Francia–. «No hemos apropiado a nadie. Nosotros relanzamos la cultura del sacha inchi en Perú, en 2003. El grano que utilizaban los incas había caído en el olvido. Solo encontramos una mención en el libro de un misionero del siglo XIX. Todo el mérito es de José Anaya Yabar, un peruano que ha vivido 20 años en Francia. Él fundó la empresa Agroindustrias Amazónicas, que descubrió el alto contenido de omega de ese grano. Nos asociamos y me recibieron como al mesías en las universidades, los bancos y la embajada de Perú en Francia. Creamos un dominio que no existía, enseñamos la cultura del sacha inchi a los agricultores y dimos empleo a ocho mil personas. Claro que obtenemos beneficios, pero también ayudamos a la gente local con un medio de subsistencia. Que hayamos abandonado la patente no nos impide continuar». Cuando Nuria oye esas palabras, se enfurece. «No teníamos necesidad de que los blancos cultivaran nuestro sacha inchi para exportarlo y llenarse los bolsillos. Sabemos dónde encontrarlo en la selva y lo utilizamos por sus virtudes antiarrugas desde hace generaciones».



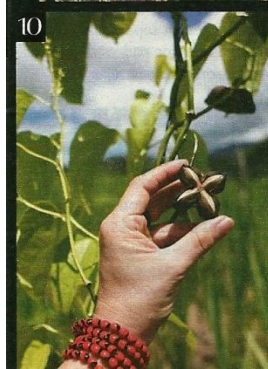
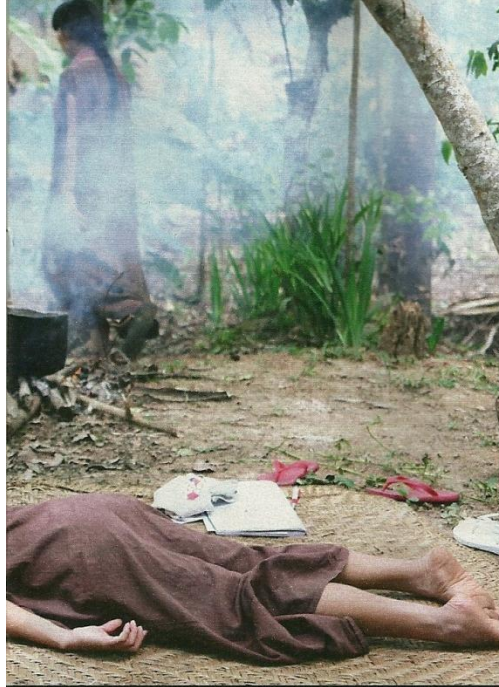
6



7



9



6. NURIA IMPONE SUS MANOS SOBRE UNA ENFERMA, EN EL CORAZÓN DEL BOSQUE. SUS PACIENTES VIENEN DE TODO EL MUNDO PARA QUE LOS CURE.
 7. JÓVENES DE LA TRIBU ASHANINKA, JUGANDO EN UN POBLADO EN PLENA SELVA AMAZÓNICA.
 8 Y 9. LAS CHAMANES UTILIZAN HOJAS Y RAÍCES PARA HACER SUS UNGUENTOS, QUE CONSIGUEN MACHACANDO Y MEZCLANDO VARIOS INGREDIENTES QUE OBTIENEN DE LAS PLANTAS DEL BOSQUE.
 10. SEMILLA DE SACHA INCHI, QUE UTILIZAN PARA ELABORAR SUS RECETAS.

PLANTAS CELOSAS Y POSESIVAS. La formación de una curandera no es fácil. Durante meses, comen una planta para impregnarse de sus propiedades y esperan a que les hable y revele sus virtudes. “Las plantas son celosas y posesivas. No se entregan si tenemos relaciones sexuales. Sus propiedades desaparecen si comemos pollo durante la formación y se deslizan entre los dedos si comemos pescado. Nuestra forma de vida durante esos años es muy estricta”, explica la sanadora. “Mi abuela falleció cuando yo tenía 17 años. Al año siguiente conocí a mi marido y perdí todos mis poderes. Tuve que suplicarle a mi abuela que me los devolviera. Se me apareció en sueños, muy enfadada porque me había casado sin consultárselo, y, al final, recuperé mis poderes”. Nuria, actualmente, es una curandera muy conocida. Vienen enfermos de la ciudad, de la selva y de todo el mundo para que les ayude con sus problemas.

TRADICIÓN Y SECRETOS A SALVO. A pocos kilómetros de allí, Mercedes, otra sanadora, se dispone a atender a una vecina que tiene el cuerpo cubierto de lunares y sufre violentos dolores de cabeza. Mercedes tiene 45 años, 10 hijos y ha heredado los dones de su padre, todavía vivo. Este último se dejó engañar por un químico europeo que, en 1977 y 1980, vino a interrogarle sobre las propiedades de la liana “uña de gato”, que lanzó al éxito a un laboratorio alemán. Se trataba de una liana con propiedades anticancerígenas. Fue una situación que Mercedes y sus hijas mayores todavía no han logrado digerir. En el jardín de la casa hay una gran cantidad de plantas, lianas y árboles de propiedades misteriosas, recogidos en la selva y transplantados allí para tenerlos más a mano. Mercedes nos descubre el árbol de la sangre, cuya savia es antiséptica y cicatrizante. Mientras, calienta unos guijarros al fuego y echa a las llamas unas hierbas, cuyo humo ahuyenta a los mosquitos. Prepara una mezcla de hojas y raíces, mientras recita algo, y lo añade al agua hirviendo del caldero. Después de varios minutos, pide a su vecina que se ponga de pie, encima, con las piernas abiertas. Entonces, echa los guijarros ardiendo al caldero y un poderoso vapor envuelve el cuerpo de la joven. Para terminar, Mercedes mastica unas hojas y la escupe sobre el cuerpo de la chica. Pasan unos minutos y la vecina tratada se levanta y se marcha completamente revitalizada.

DURANTE MESES, COMEN UNA PLANTA PARA IMPREGNARSE DE SUS PROPIEDADES Y ESPERAN QUE LES REVELE SUS VIRTUDES.

Shunitsa y Marishori, sus hijas mayores, anotan todos los secretos en un libro para que no se pierdan. “Somos prudentes, no especificamos las cantidades, solo los ingredientes. Formamos parte de una asociación de defensa de nuestro patrimonio, la Central de las Comunidades Nativas de la Selva Central (Ceconsec), y luchamos contra las grandes industrias extranjeras”, asegura Shunitsa. Ambas lucen la túnica ashaninka, la “kurma” impuesta por los misioneros españoles en el siglo XV, y aprovechan este impás para enseñarnos el enorme valle que se divisa desde su casa, el feudo de los ashaninkas. “Nuestras tierras pierden terreno. Los colonos se instalan donde quieren, cortan árboles y plantan bananeros. Pero yo no voy a salir de aquí. Quiero seguir vistiendo un “kurma” y defender los derechos y secretos de mis ancestros”. ■